

eran como de padre... ¿Qué diría al enterarse de que el temblón la pretendía en casamiento? Todo el mundo embromaba á su madre con el indiano... ¡Cuando viese que el gato pelado y decrepito buscaba la rata tierna!

Por fin, una noche, después de cerrada la tienda, doña Maura, encomendándose á Dios, cogió á su hija, la hizo mil fiestas, y empezó á soltar las peligrosas insinuaciones...—Callaba la muchacha, bajando la cabeza, escondiendo la mirada de sus azules pupilas, como se esconde el travieso pilluelo que acaba de cometer un hurto. Y de súbito, á una exhortación más apremiante de su madre, jurando que prefería sufrir que ver sufrir á su hija, levantó la faz, soltó una carcajada de retintín plateado y claro, como el repique de argentina campanilla, y exclamó, esgrimiendo las manitas pequeñas y gordas:

—Bien, ¡ya sé que usted quería el novio para sí!... ¡Pero en eso estaba yo pensando! Desde el primer día conté con él... Si usted me le quita... ¿Ve estas uñas? ¡Pues no le digo más!...

LA REDADA

MI boda se desbarató por una circunstancia insignificante, sin valor alguno sino para quien, como yo, se pasa de celoso y raya en maniático. ¿Fueron celos los que tuve? ¡Apenas me atrevo á decir que sí! Y es porque me da vergüenza pensar que probablemente *serian celos...* en el fondo, allá en el fondo inescrutable y sombrío del alma... Para que se descifre mejor el enigma, explicaré mi manera de ser, antes de referir el mínimo incidente que dió en tierra con mi felicidad y me condenó, tal vez, á perpetua soltería.

Apasionadamente enamorado de mi novia, criatura fina é ideal como una flor blanca, y que reunía cuanto puede halagar la vanidad de un novio—alcurnia, elegancia, caudal,—aspiraba yo á ser para ella lo que ella era para mí: un sueño realizado. Si en su presencia alababa alguien los méritos de otro hombre, se me revolvió la bilis y se me ponía la boca pastosa

y amarga. No habiéndome creído envidioso hasta entonces, la pasión me despertaba la envidia, que sin duda existía latente en mí, á manera de aletargada culebra. Hacíame yo este razonamiento absurdo: puesto que ese otro vale más que tú, tiene mayores derechos al sumo bien del cariño de María Azucena Guzmán, vizcondesa de Fraga. Para merecer tal ventura debes ser—ó parecer—el más guapo, el más inteligente, el más fuerte, el primero en todo. Y desatinado por mis recelos, aplicaba un escalpelo afiladísimo á las perfecciones de mi imaginario rival; le rebuscaba los defectos, le ridiculizaba, le trataba como á enemigo... ¡Hasta llegué á la vileza de la calumnia! Pasada la crisis celosa, caía en abatimiento inexplicable, despreciándome á mí mismo.

Con el tacto propio de la mujer que quiere de veras, María Azucena, así que comprendió mi mal, evitaba toda ocasión de agravarlo. Se dejaba aislar, rehuendo cualquier obsequio y trato que pudiese ser motivo de disgusto para mí. Apenas notaba que un hombre me hacía sombra, ni aun le dirigía la palabra. De este modo salvábamos los escollos de mi carácter. Mi futura solía repetir: "Así que nos casemos, mudarás de condición: lo espero y lo deseo, en interés de tu dicha y tu tranquilidad."

Poco tiempo antes del día solemne, señalado para primeros de Septiembre, un tío de mi novia, el rico propietario don Mateo Guzmán, nos convidó á una fiesta en su quinta. Se trataba de una *redada* ó pesca de truchas en el río.

La finca del señor de Guzmán, que dista unas tres leguas del pueblo donde pasábamos el verano, goza merecida fama de ser la mejor de toda la provincia, por la amenidad de sus jardines, la frondosidad de sus arboledas centenarias y las muchas fuentes rumorosas que sombrean grupos de odoríferas magnolias y graves cedros del Líbano. Fundada desde el siglo xviii, ostenta una vegetación antigua y noble, de aire aristocrático; pero el realce de la belleza natural se lo presta el ancho río Ámega, que baña los lindes de la finca y besa los pies á sus tupidas espesuras. Se baja al río por sotos de castaños y pintorescas sendas abiertas entre robledas y pinares; y ya á orillas de la corriente, se descansa en praditos salpicados de flores y orlados de cañaveral y espadaña.

Con infinita tristeza evoco ahora este cuadro, que entonces me pareció tan encantador. Madrugamos y salimos de la ciudad en el mismo coche, bajo la égida de una hermana de María, casada ya. El camino se me hizo cortísimo. ¡Cruzar en carretela descubierta una comarca risueña y llena de poesía, á aquella hora matinal diáfana y suave, y teniendo enfrente á María Azucena que me sonreía con ternura! Su velo de gasa dejaba entrever sus facciones al través de una nube, y la sombra del ancho pajazón obscurecía el misterio de los ojos y hacía resaltar la flor de los labios, encendida como un deseo... Por instantes, furtivamente, yo apretaba su manita calzada con guante de

Suecia, y ella respondía á la presión lo mismo que si dijese: "conformes..."

Fuimos agasajados al llegar, y antes de que el calor apretase, descendimos al río, á cuyas márgenes, á la sombra, debíamos saborear el campestre almuerzo. En un prado donde crecían mimbrres y olmos, nos situamos para presenciar la redada. La trucha, que abunda en el río Ámega, suele refugiarse sibaríticamente, durante la canícula, en ciertas hondonadas ó pozos profundos llamados en el país *frieiras*, donde encuentra el agua helada casi. Tendida la red al través del río, entran en él unos cuantos gañanes alborotando el agua, desalojan á la trucha de su retiro, y la obligan á correr espantada hacia la red: cuando esta se encuentra bien cargada de pesca, sácanla á brazo sobre la yerba y la vacían; allí coletean como pedazos de plata viva, los peces, que pasan sin demora á la caldera ó la sartén. Tal espectáculo fue el que disfrutamos y despertó en María Azucena interés vivísimo.

Entre los gañanes que acababan de entrar en el río arremangados de brazo y pierna, uno sobre todo mereció que mi novia no apartase de él los ojos. Era un fornido mocetón que frisaría en los veinte años, y desplegabá vigor admirable para arrastrar la pesada red y sacarla de la corriente. Semi-desnudo, como un pescador del golfo de Nápoles; bajo el sol de Agosto que prestaba tonos de *terracotta* á sus carnes firmes y musculosas de trabajador, tenía actitudes académicas y bellas, al atiran-

tar la cuerda y jalar briosamente de la red. Yo acaso no lo hubiese reparado, si la voz de María Azucena, animada por el entusiasmo, no exclamase á mi oído:

—Mira, mira ese mozo... ¡Qué fuerzas! Él solo trae la red... Parece una estatua de museo. ¡Da gusto verle!

Me estremecí y sentí frío en el corazón. Evoqué mi propia imagen, lo que sería yo con la vestimenta y en la postura de aquel gañán. Mis brazos darían lástima; mis piernas se prestarían á una caricatura. Ni una pulgada acercaría la red á la margen el esfuerzo raquíptico de mis pobres músculos de burgués. ¿Cómo no había notado antes esta inferioridad de mi cuerpo? ¡Valiente novio, que ni aun podría llevar á cuestras á su novia por los senderos desde el río hasta la finca! ¡Oh miseria, oh desesperación! ¡Cuánto me humillaba el Apolo campesino que tachonado de gotas de agua donde el sol encendía los colores del iris, sonriendo en su gallardía juvenil, tendiendo sus brazos dorados y robustos, ofrecía á la mirada de María Azucena la encarnación de un ideal antiguo, la perfección física demostrada por la acción y la energía muscular!

Pálido y descompuesto, me llevé de allí á mi futura, y emboscándome con ella detrás de unos sauces, la apostrofé, profiriendo reconvenções exaltadas, quejas brutales, ayes que me arrancaba el dolor... Roja de vergüenza, me miraba atónita, seria, apretando con las manos el pecho, á fin de contenerse... Ví bri-

llar en sus ojos la chispa de la dignidad mortalmente ofendida, y conocí que estaba perdido.

—No podemos casarnos—articuló María por último, lentamente.—¡Seríamos tan infelices!

Y, como el que se suicida, repetí en voz sorda:

—¡Seríamos tan infelices!

No hubo más explicación. María Azucena y yo no volvimos á cruzar palabra. ¿Para qué? En breves momentos ella me había sondeado el alma... y yo había conocido también la intensidad de mi mal incurable.

LA OREJA DE JUAN SOLDADO

(CUENTO FUTURO)

CUANDO llamamos á ganar jornal á Juan el de la tía Manuela, yo ni sabía de qué color tenía los ojos, pues sólo le había visto de lejos los domingos á la salida de misa. Al inspeccionar el trabajo de zanjeo que le confiamos, no tardé en observar que el jornalero arrastraba un poco la pierna derecha, y á la luz del sol, que brillantaba el sudor en su atezado cutis de labriego, noté también una cicatriz que hendía la mejilla, y la caída habitual de la boina hacia aquel lado de la cabeza, que parecía más chico que el otro. Fijándome en esta particularidad, pronto descubrí que á Juan le faltaba la oreja casi entera: sólo quedaba un colgajo del lóbulo bajo una ruda maraña de pelo.

Al hombre que se pasa todo el día hincando el azadón en el terruño, no hay cosa que le guste como eso de que le dirijan una pregunta. Es un socorrido pretexto para interrumpir la